



Santa María de la duda, de la fidelidad, de la paz y del amor

pedrojosé ynaraja díaz

Navidad-Candelaria (2018-2019)

SANTA MARÍA DE BELÉN

(Si llego a concluir el relato y alguien lo lee, posiblemente me censurarán algunos por haberme atrevido a referirme y querer relatar la interioridad de la Virgen. Vaya por delante que de ninguna manera deseo profanarla. Advierto empero que desde antiguo, los teólogos se atreven a estudiar, a hacer una especie de encefalograma espiritual, respecto a Jesús de Nazaret y de su Madre, que algo así semejan pretender muchas tesis teológicas. Que si personas, naturalezas, cuerpo, alma etc. tiene uno la sensación de que manejan un cromatógrafo de almas. Confieso que solo pretendo identificarme con los sentimientos de Santa María que los deduzco de los relatos evangélicos, algún detalle de apócrifos, otros del conocimiento de la geografía del lugar o de los mismos iconos, auténtico instrumento de Revelación. Todo ello meditado con veneración, como lo quiere ser siempre. Acercarme, introducirme cuanto pueda en su corazón, percibir como late, para que el mío palpite, en cuanto sea posible, con el suyo y como el suyo).

Advierto antes de continuar, que si la comunicación de Gabriel, en el momento que llamamos de la Anunciación, ocurrió en lenguaje sensible, ondas sonoras perceptibles por el oído humano, utilizaría la lengua aramea, evidentemente, y el saludo, como era habitual, empezaría deseando la paz. (Shlom lekh bthoolto Mariam, en arameo. (Shlom) - Shalóm láj, Miriám, en hebreo-

Lucas escribió en griego y los tales saludaban deseando alegría (Kaire).

Jerónimo tradujo el texto al latín y los meridionales clásicos que ya habían impuesto la paz y gozaban del circo, atletas y gladiadores a mansalva, solo deseaban salud para gozar de la vida (salve).

Tal vez nosotros, en consecuencia, deberíamos escribir en el texto castellano: Buenas tardes. Yo particularmente, en mi rezo privado del rosario, digo: yo te saludo María.

Para dar cierta separación visible a los pasajes del relato, intercalo en color y en los tres idiomas, en grafía latina eso sí, el saludo angélico

Shlom lekh Mariam - Kaire Maria, kechairetomene - Ave María

Desde una rendija te observo, Santa María. Te contemplo como tantas veces hago o más bien pretendo hacer, con los ojos de mi corazón.

Te he visto en Nazaret asombrada, ruborizada por lo que te decía Gabriel. No lo entendiste. Yo tampoco lo entiendo, por supuesto. No podías dudar, pues, el mensaje venía de Dios, así que lo aceptaste, sin saber exactamente a qué te

comprometías. Eran proyectos del Señor, pediste alguna explicación y te la dieron, dijiste que sí, sin precauciones, calcular no es propio de la sierva de Yahvé que siempre has querido ser Tú.

Shlom lekh Mariam - Kaire Maria, kechairetomene - Ave María

Fuiste a casa de Isabel. Te proponías compartir con ella y ayudarla. Y bien lo hiciste. Te envidio. ¡Cuánto quisiera conseguirlo siempre yo con los demás!

Tu estancia con ellos no fue fácil siempre. Entre dos viejos de ilustre familia sacerdotal, gozosos como estaban de haber sido escogidos y haber recibido las cuitas del Señor y elegidos padres del que sería estandarte que abriera los tiempos mesiánicos. Seleccionados entre tantos para engendrar al destinado a ser testimonio exigente de una vida nueva. Estimulador como iba a ser de la necesaria conversión. Heraldos del anunciado desde antiguo. Y esta suerte les tocaba a la edad que nadie espera ya nada valioso. Ni los demás, ni ellos mismos. Grande era su responsabilidad, prodigiosa ante los hombres la fecundidad de Isabel, difícil de aceptar la mudéz de Zacarías, que bien sabía era consecuencia de su mediocre fe en el Dios de Israel.

Isabel decía mirando a su marido: su nombre será Juan.

Él pensativo asentía con un gesto afirmativo

Los dos sonreían.

Lo mismo se repetía a diario.

Este era su secreto. Tú, Santa María, estabas enterada, pero te sentías incapaz de participar totalmente de su gozo. O al menos así lo creían ellos.

Fuiste allí ingenuidad, servicio, compañía.

Compartiste con Isabel tus temores, de ella recibiste consejos que pretendían darte coraje enfrentarte a lo que te esperaba en Nazaret.

Marchaste satisfecha cuando el Precursor nació y escuchaste el himno gozoso de Zacarías. Te ibas, aun así, con cierto temor y en algún momento, imaginando tu encuentro con José, temblabas.

Volviste a Nazaret. Encontrarte con tu esposo era tu gran ilusión, confianza, amor, también enigma y cierto temor.

Pero Dios lo tenía previsto, le habló a solas a José y él te aceptó.

Estaba él también asombrado de haber sido escogido por Dios para ser esposo y protector...

Satisfecho sí, pero temeroso también de no ser capaz de cumplir con su misión.

Te decía y repetía que tenía miedo de defraudarte a ti y a Dios. Tratabas tú siempre de animarle, le decías que le amabas y que él te amaba a ti y esto era suficiente para poder irnos a dormir tranquilos.

El día de vuestra boda fue un oasis de felicidad.

Te sentiste amada de Dios. Amada de tu esposo, amada de tu familia y de tus vecinos ¿qué más podías desear?

Shlom lekh Mariam - Kaire Maria, kechairetomene - Ave María

En Nazaret vivisteis juntos poco tiempo ya que llegó la orden imperial y marchasteis a Belén, donde ahora estáis.

Indecisa, ilusionada, preocupada, temerosa.

No hay sitio para vosotros en el mesón, pero os ceden un abrigo natural, una gruta la llamamos o un portal la llamamos tradicionalmente nosotros. No os sentís incómodos allí, se parece algo este recinto a vuestra casita familiar de Nazaret y a las de los otros vecinos.

La encontrasteis vacía, de todo le faltaba, pero al estar metida en la montaña nunca hacía frío ni calor, siempre estaba levemente caldeada, cosa muy apreciable para no sufrir el fresco que en el exterior y por la noche hacía.

Tu embarazo progresa y sabes que se avecina el parto. Te sientes cansada y ansiosa. Cualquier sensación que en el vientre notas te angustia y a la vez te ilusiona esperanzada. Ninguna mujer está contigo para aconsejarte y ayudarte. Temes dar a luz estando sola. Confías que Dios, cuando llegue la hora, no te abandonará, pero sería mejor tener la ayuda de alguien que anteriormente hubiera pasado por igual trance y pudiera ayudarte. Sientes la necesidad imperiosa del consuelo y amor que podría darte tu madre.

El Espíritu que te abrigó siempre con su sombra, te ampara y te tranquiliza.

Y ha nacido, sí. ¡qué sencillo es el nacer!

¡qué chiquitín es tu Niño, piensas y te repites una y mil veces! Tú que en tu vientre has ido abrigándolo, mientras crecía, ahora entre tus brazos te parece más pequeño que lo que habías imaginado.

Está en tus brazos. Quisieras decirle algo, pero sabes que no te va a entender. Quisieras que te dijese algo a ti, pero comprendes que es imposible. Hay que esperar. ¿pero hasta cuando?, te preguntas

Pronto se ha puesto a llorar, es lo único que sabe hacer y tú lo aceptas, sin extrañarte. No te estorba, pero a veces sí que te turba, aunque no lo digas a nadie....

Está contigo, cubierto con los pañales que trajiste, que con tanta ilusión fuiste preparando.

Es tu niño. Es tu hijo. También es Hijo de Dios, según te aseguró Gabriel.

Que lo sea tuyo, no te cabe la menor duda, en ti ha estado nueve meses, lo notabas en tu seno y recién lo has alumbrado.

Pero ¿es Hijo de Dios? Si lo es y también lo es tuyo ¿por qué no te habla?

El Señor sí intercambió sus proyectos con Abraham, nuestro padre, piensas tu ¿por qué no te habla a ti? El Señor se le presentó misteriosamente a Moisés en el Sinaí, le dictó normas y le entregó la Ley ¿por qué a ti no te orienta ahora?

El Señor se apareció a Elías en el Horeb y le indico detalladamente lo que debía hacer, de acuerdo con sus planes ¿por qué a ti no te guía y así no te sentirías desconcertada, como tantas veces te sientes?

Dios es silencio, misterio, Espíritu, te dices y repites a ti misma, consolándote.

Pero si se ha hecho carne y sangre de tus entrañas y es Dios ¿por qué no resplandece en ti, como se mostró en el tabernáculo del desierto?

Situados como estáis a las afueras de la población, José se ha ido al centro de la ciudad. Busca alguna matrona que te asista. La encuentra, la tradición no nos ha conservado su nombre, el de su compañera sí, cuentan que se llamaba Salomé. Ambas quedan asombradas de los prodigios que contemplan. Sin su ayuda, has dado a luz a tu Hijo, no se enojan, te ayudan, te animan, lavan concienzudamente al Niño. Lo hacen con cariño, le dan besos, y a ti también. Te han acariciado antes de irse, ha sido bálsamo espiritual que tú agradeces.

Vuelves a estar sola. Lo prefieres. Saboreas tu suerte, la de ser madre.

De nuevo vienen las dudas.

Santa María, también en Belén sufriste la noche oscura de la Fe.

La Fe que desde pequeña había guiado tu vida y que no quieres abandonar nunca, ahora te incómoda.

En Belén has sido tentada, como más tarde lo será tu Hijo en Getsemaní.

Shlom lekh Mariam - Kaire Maria, kechairetomene - Ave María

Estás aturdida. La labor del parto te ha fatigado física y mentalmente. José se da cuenta. No sabe qué debe hacer, se ofrece a tomarte al Niño y ponerlo en el pesebre que hay junto al muro. Lo aceptas, estas sin fuerzas. Ahueca la paja, extiende la ropa, cubre al Niño como puede y se lo queda mirando, más bien contemplando.

Piensa en ti.

Por un momento puedes dormirar.

Se oye ruido. José se asusta y sale dispuesto a defenderte, pero no, no son gente peligrosa los que llegan. Vienen buscando a un niño que reposa en un pesebre, le comentan. José está pasmado, no se atreve a despertarte, pero Tú los has oído, le llamas y él acude temblando.

Le dices que pueden entrar y ellos lo hacen de inmediato.

Todos se acercan y todos hablan a la vez. Buscan. Están inquietos, por fin encuentran lo que les traía intrigados. Miran fijamente el pesebre. Hablan entre sí. Es tal como se lo habían anunciado, dicen, y se vuelven entusiasmados hacia mí.

¿Quién os ha hablado de este niño? Les pregunta José.

Se lo explican con detalle. Ángeles como a él. Se alegra por el prodigio.

Parece que no oyes, María, pero lo escuchas todo y lo conservas en tu corazón.

Estás aturdida, pero te dices y repites en tu interior: es mi hijo. Yo soy su madre. soy madre del Hijo de Dios, según me anunció el Ángel. ¡Dios mío, Dios mío, Dios mío!

Sufres como toda mujer sensible la depresión propia de tu situación post parto.

En tu interior te preguntas a ti misma quien eres. El misterio que te envuelve es superior a tu capacidad humana de entender.

Estás pasando una noche oscura, por muy de día que sea.

Los pastores te habían desconcertado al principio, te alegraron después y te ayudaron con sus dones. Se lo agradeces sinceramente.

Al irse y encontrarse con vecinos, les cuentan a todos lo que habían visto y oído, emocionados y a trompicones hablan todos a la vez. La gente pensaba que estaban locos y se reían de ellos, pero a ellos les importaba un comino.

Habían sido aquella noche los escogidos de Dios y compañeros de ángeles. inunca lo hubieran imaginado! inunca lo olvidarán!

Estás física y mentalmente rendida.

Vuelves a estar sola. José es tu entrañable compañía y crees que es suficiente, pero él no está seguro y sufre, tampoco él entiende bien lo que está ocurriendo.

Descansas.

Shlom lekh Mariam - Kaire Maria, jkui8kechairetomene - Ave María

Desconocemos cualquier detalle de los días posteriores.

Con seguridad no estarías sola. José cumplía con sus responsabilidades.

Nunca te abandonaba

Shlom lekh Mariam - Kaire Maria, kechairetomene - Ave María

Circuncidado de acuerdo con la Ley al octavo día en Belén, donde debéis residir por algún tiempo. Falta ahora ir a Jerusalén, al Templo, a cumplir con el precepto de tu purificación legal, pese a que de nada a ti te toca depurar, pero así estaba establecido y Tu, sierva de Yahvé, no pretendes nunca rectificar ninguno de sus mandatos.

Ofrecérselo al Señor es lo que vais a hacer, sin que sepas del todo lo que significa hacerlo. De todos modos caminas ilusionada.

Once kilómetros os separan del Templo.

Shlom lekh Mariam - Kaire Maria, kechairetomene - Ave María

Acabáis de ver la puerta del Templo y antes de franquearla os detenéis un momento para orientaros, queréis saber hacia dónde os debéis dirigir. Estáis los dos emocionados. Hasta al Niño se le nota que está inquieto.

Te acordabas hace poco del proceder de Ana, la esposa de Elcaná y madre de Samuel, cuando volvió a Silo a agradecer al Señor el hijo que le había concedido. Ibas pensando por el camino en ello y en ella. Con ella te sentías identificada, pero era diferente. Llevabas en tus brazos a tu hijo, evidente que lo era, pero también era Hijo de Dios. Si así lo era ¿por qué debíais ofrecerlo? ¿qué sentido tenía presentárselo, si ya era suyo?

Estabas hecha un lio, lo comprendo.

José meditabundo iba a tu lado. No se atrevía siquiera a tomar al Niño en sus brazos, temía que se le cayera y se hiciera daño. Algo entendía de la Ley, pero no sabía cómo ayudarte. Era tu esposo, no tu dios.

Como Ana repetirías: Mi corazón exulta en Yahveh... porque me he gozado en tu socorro.

No hay Santo como Yahveh, ni roca como nuestro Dios.

Dios de sabiduría es Yahveh, suyo es juzgar las acciones.

Este camino que hago ahora lo estás viendo con buenos ojos. Me esperas en Jerusalén, me acogerás y ayudarás. Siento alguna vergüenza, no te extrañe.

Los hartos se contratan por pan, los hambrientos dejan su trabajo. Yahveh enriquece y despoja, abate y ensalza.

Fíjate en José que te acompaña, piensas ahora en él, no quieres que se sienta marginado, tratas de ayudarlo, pides para él también iluminación y ayuda, pues, bien recuerdas que "levanta del polvo al humilde, alza del muladar al indigente para hacerle sentar junto a los nobles, y darle en heredad trono de gloria".

de Yahve son los pilares de la tierra y sobre ellos ha sentado el universo.

Guarda los pasos de sus fieles, guarda los nuestros... Yahve juzga los confines de la tierra, da pujanza a su Rey, que sin duda debe ser mi hijo (1S 2, 1ss)

He recordado siempre este camino que hice hace años también yo. Demasiadas preocupaciones distraían nuestra ruta. Ahora al cabo de tanto tiempo, cuando celebro misa, pienso muchas veces que mi proceder es semejante al tuyo, madre mía.

Ya verás. En mis manos tengo pan y vino, que son míos, yo los compré. Pero no los preparo en el altar para saciar mi hambre. Los pongo en la mesa, los presento al Padre, le explico mis propósitos y que deseo y espero sean aceptados. Son los míos, que sin duda son los de la Iglesia. La Iglesia que confía se conviertan en el Cuerpo y Sangre de tu Hijo Jesucristo.

Continúo celebrando la misa, siguiendo el camino que se inicia allí, dirigido hacia el Padre. Envuelto de eternidad sin tiempo, repito y actualizo los hechos del Señor Jesús. Los presento. Invoco al Espíritu. Ruego ser ayudado en lo que mi corazón más ansía. Agradezco el encuentro y la fortaleza que el sagrado manjar me otorga. Acabo.

Te lo he recordado, Santa María, deseando sentirme yo mismo más unido a ti, cada vez que celebre misa. Te lo recuerdo ahora para que seas Tú siempre compañía en tales momentos y mi proceder mejore.

La depresión que todavía sufres, propia del parto, siembra en tu interior aun la duda. ¿Quién te protege hoy?, te preguntas. Sin duda el Espíritu que te cubre con su sombra, como te indicó Gabriel. No es visible, pero estás segura de que os acompaña y no se aleja de vosotros.

La imaginación del Señor es portentosa. Temías entrar, atravesar la puerta de Nicanor, acercarte al sacerdote de turno, enseñarle a tu Hijo, que lo cogiera, aceptándolo en nombre de Dios, para volvértelo a dar y en compensación entregarle vosotros un par de tórtolas. Este ceremonial te parecía complicado, pero todo ha sido muy fácil.

Estabais situados cerca del Santuario. En este momento recordabas a Zacarías, recobrado el habla y cantado su himno, tan pensado y preparado durante su mudez, se había tornado parlanchín contigo y explicado muchas cosas de este lugar donde él desempeñaba su oficio sacerdotal. Se había referido con frecuencia a este ámbito, donde ahora estabais, espacio por el tantas veces recorrido.

Ahora estabas muy próxima al Altísimo. Te había contado que en lo más santo del recinto sagrado, no había nada visible. Yahvé el Señor, el Dios de Israel, era puro espíritu incorpóreo. La vaciedad estaba llena del Espíritu Santo, me decía.

Algo así será, como tu pequeñez también está repleta de su Gracia, piensas Tú ahora, recordando lo que afirmó Gabriel.

El rito fue sencillo y pasó pronto, ahora bien, nunca olvidarás el encuentro con aquellos dos ancianos desconocidos, inesperados, que ocurrió después.

El viejecito te mira fijamente. Sus ojos casi cerrados se dirigen a los tuyos con dulzura. De repente ha extendido sus brazos con tembloroso ademán, desea tomar al Niño, sus modales son tan delicados y expresa tal entusiasmo, que no te has atrevido a negárselo, todo él era amabilidad. Has confiado en él y en Dios al dárselo. Recordabas que se te dijo que no sería para tu exclusivo gozo. Tu Hijo pertenecía a todo el pueblo. Lo ha alzado mirando al cielo, cual si fuera un sacerdote. Cual sacerdote que presenta ritualmente un sacrificio. Lo ha besado después y te lo ha entregado reverentemente, se ha inclinado ante ti y se ha puesto a cantar mientras bailaba.

Nadie se ha fijado en él, bailar siempre es lo que hacen los hombres en esta plazoleta. Mirar, sonreír y aplaudir, sin fijarse en las palabras que pronuncian, es lo propio de las mujeres que están sentadas en las gradas. Hoy no había ninguna, casi te has alegrado, has podido escuchar bien y recordar lo que decía.

José y tú le oíais sorprendidos. Alababa el buen vejete al Señor y le agradecía porque había tenido siempre paciencia con él y ahora le regalaba este encuentro. Esta criatura, cantaba, será el salvador del pueblo. Ya puedo ahora morir satisfecho, repetía alegremente.

Se lo quitó de sus brazos una parlanchina viejecita que me había abrazado a mí primero. No sé de donde había salido, pero seguro que estaba cerca y lo observaba

todo. Me felicitó y se llevó al Niño, enseñándoselo a las gentes que por allí estaban, todo eran elogios cariñosos, lo que decía de Él.

Tú observabas admirada e intrigada.

Para colmo, antes de que os alejarais, vuelve el abuelito a acercarse y te dice al oído que el niño será un hombre de gran valor, a unos entusiasmará, a otros irritará, a nadie dejará indiferente... Te mira con sus ojos penetrantes y como si le doliera a él también, te dice: a ti te causará un gran dolor, será algo así como un puñal, que lastimará tu corazón.

Marcháis del Templo pensativos. ¿qué significado tendrán sus últimas palabras? ¿Por qué lo tenías que escuchar precisamente hoy?

Tu alma está apenada, quisieras olvidarlo, pero no, estás convencida de que se lo ha dictado Dios. ¿Y por qué?

Ha sido un día de sublimes emociones, nunca imaginadas. Sientes en tu interior un gran gozo, nunca hubieras imaginado que la subida al Templo engrandecería tu espíritu de tal manera.

El camino de vuelta lo hicisteis en silencio. Guardabais todo y lo meditabais una y otra vez, en el corazón.

El misterio que os arropaba, incomprensiblemente, os inundaba de paz.

La Paz de Dios que acompaña a su Gracia.

Shlom lekh Mariam - Kaire Maria, kechairetomene - Ave María

Han llegado unos hombres sabios que por su apariencia era evidente que venían de lejos. De serena presencia, ojos inquietos, hablar educado. Te sentiste asombrada de su presencia desde el principio, pero nada temiste, se veía a la legua que eran gente de paz.

Miraban, miraban y más miraban, sus fijezas se cruzaban entre sí. No se atrevían a hablar con vosotros, por mucho que lo deseasen.

Eran hombres de fe, sin duda, y que buscaban. Convencidos, pero no seguros.

Por fin se han dirigido a José, sin retirar su mirada del Niño. Mi esposo asiente.

Están aquí, sin duda, porque tienen interés y amor por algo desconocido, que en nuestra casa han encontrado. Crece su entusiasmo por momentos.

Como si estuvieran avergonzados, vuelven su rostro huidizo hacia ti y sin saber porque, Tú les sonríes. Se tranquilizan, cavilan, se nota que les interesa mucho hablarte. Ignoráis cual sea el idioma en que se expresan. Sin calcularlo, eres tu

quien te diriges a ellos y les preguntas y les dices ¿de donde sois? ¿a quien buscáis?. Qué queréis?

Se ha roto el silencio como se rompe un cristal cuando le lanzan una piedra, pero sin herir a nadie. Rápidamente se vuelven, toman en sus manos unos cofres desbordantes de ilusión y sin siquiera abrirlos os los quieren entregan sin saber si podréis cogerlo o donde los pondréis. Por fin lo consiguen y os los ofrecen. Son regalos escogidos. Los depositan alegres y satisfechos. Desean acercarse al Niño. Tú asientes con la mirada. De inmediato se acercan a tu Hijo. Alguno de ellos llora emocionado. Vuelve el silencio. Se les acerca José y recobran la serenidad. Se sientan junto a vosotros, deseando relajarse, sin poder desviar la mirada que siempre se dirige al Niño. Continúan nerviosos, pese a que reposan satisfechos.

Al cabo de un rato uno de ellos se dirige a ti. Contestas serena y con dulzura. Responde cordialmente. Se ha roto el hielo. Ahora parece que os conocéis de toda la vida.

Han solicitado quedarse con vosotros. José les responde que claro que sí, cuanto quieran pueden permanecer.

No se trata de pasar unos días, con quedarse esta jornada tienen bastante. Los otros asienten. Vuelven a destapar los cofres, tímidamente preguntan si pueden quemar un poquito del perfume que os han traído. Por supuesto que sí, les dice José.

La estancia huele a Cielo.

El Niño se desvela y sonrío. La emoción que les embarga es suprema e indecible.

La estancia se ha llenado de felicidad sublime.

Ha germinado el Amor y florece.

La tenue claridad que de fuera entra, es una caricia que reciben los rostros.

El tiempo se ha convertido en eternidad.

Dios está con todos.

Cariño pusieron al ofreceros sus regalos. José piensa ahora en que son dones del Cielo, que facilitarán por un tiempo vuestra estancia. Les mira agradecido, le sonrían satisfechos.

Te vas discretamente a un rincón para dar de mamar a tu Niño. Se miran, vuelven la espalda, no caben en sí de felicidad.

Descansa el Niño. Temen despertarle, deben irse y suplican si pueden darle un beso antes de partir. Se lo acercas, se deja besar, sonrío.

Al marchar pensáis en ellos y comentáis con nostalgia.

Dios os ampara, os repetís felices, antes de entregaros por la noche al sueño.

Shlom lekh Mariam - Kaire Maria, kechairetomene - Ave María

He contemplado hoy, Señora mía, Santa María, que en tu vida hubo pena y sufriste dudas. Me preguntaba, mientras lo iba descubriendo, si en la tierra todo fue dolor y sufrimiento, si no hubo alegrías.

Me he asustado y avergonzado de mí ante ti. Te estaba juzgando yo con criterios mundanos. ¡Apetezco jolgorio, risa y bromas, equivocadamente tantas veces!. Creo que es lo que mi alma ansía, pero, sin excluirlos, la felicidad es otra cosa.

No dudo, ahora que he recobrado un poco el juicio, que fuiste feliz, que en muchos momentos sonreíste y que tu gozo se lo contagiaste a tu chiquitín, que Él también te sonrió y que de ti aprendió a alegrarse.

Fuiste feliz, Santa María, porque en ti hubo siempre Amor, generosidad y Paz.

Shlom lekh Mariam - Kaire Maria, kechairetomene - Ave María

CANTICO DE ANA ESPOSA DE ELCANA

«Mi corazón se regocija en el Señor,

mi poder se exalta por Dios.

Mi boca se ríe de mis enemigos,

porque gozo con tu salvación. No hay santo como el Señor,
ni otro fuera de ti, | ni roca como nuestro Dios. No multipliquéis discursos altivos,
ni echéis por la boca arrogancias,
porque el Señor es un Dios que sabe,
él es quien pesa las acciones. Se rompen los arcos de los valientes,
mientras los cobardes se ciñen de valor. Los hartos se contratan por el pan,
mientras los hambrientos engordan;
la mujer estéril da a luz siete hijos,
mientras la madre de muchos queda baldía. El Señor da la muerte y la vida,
hunde en el abismo y levanta; da la pobreza y la riqueza,
humilla y enaltece. Él levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre,
para hacer que se sienta entre príncipes
y que herede un trono de gloria,
pues del Señor son los pilares de la tierra,
y sobre ellos afianzó el orbe. Él guarda los pasos de sus amigos,
mientras los malvados perecen en las tinieblas,
porque el hombre no triunfa por su fuerza. El Señor desbarata a sus contrarios,
el Altísimo truena desde el cielo,
el Señor juzga hasta el confín de la tierra.
Él da fuerza a su Rey,
Exalta el poder de su Ungido».

MAGNIFICAT

«Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humildad de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí:

su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. Él hace proezas con su brazo:

dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes

y a los ricos los despide vacíos. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia —como lo había prometido a nuestros padres—

en favor de Abrahán y su descendencia por siempre».

CANTICO DE ZACARÍAS

«Bendito sea el Señor, Dios de Israel,

porque ha visitado y redimido a su pueblo, suscitándonos una fuerza de salvación
en la casa de David, su siervo, según lo había predicho desde antiguo

por boca de sus santos profetas. Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos
y de la mano de todos los que nos odian; realizando la misericordia que tuvo con
nuestros padres,
recordando su santa alianza y el juramento que juró a nuestro padre Abrahán para
concedernos que, libres de temor, arrancados de la mano de los enemigos,
le sirvamos con santidad y justicia, en su presencia, todos nuestros días. Y a ti,
niño, te llamarán profeta del Altísimo,
porque irás delante del Señor a preparar sus caminos, anunciando a su pueblo la
salvación
por el perdón de sus pecados. Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en
sombra de muerte,
para guiar nuestros pasos por el camino de la paz».

CÁNTICO DE SIMEÓN

Ahora, Señor, según tu promesa,
Puedes dejar a tu siervo irse en paz
Porque mis ojos han visto a tu Salvador
A quien has presentado ante todos los pueblos:
luz para alumbrar a las naciones
y gloria de tu pueblo Israel

.

CÁNTICO DE MARÍA- LIBRE TRADUCCIÓN DEL MAGNIFICAT-

(lo encontré por internet. Era un bello power-point. Ofrezco exclusivamente el texto)

ME ALEGRO EN MI DIOS.

Canto a Dios que me dio la vida, /el que comenzó el universo y lo mantiene, / Y danzo ante mi Señor con alegría, / sin miedo ni vergüenza, / porque es el único dueño de mi vida.

ME ALEGRO EN MI DIOS

Me ha sacado del último rincón del mundo / y colocado por encima de los prepotentes. / sin educación, sin nobleza, ni riqueza, / sin la belleza que ostentan los grandes de la tierra. / soy ahora el orgullo de los humildes.

ME ALEGRO EN MI DIOS

Yo soy una joven sencilla / mujer de un pequeño pueblo / dispuesta a todo de palabra. / me pidió mi voluntad y mi futuro / y se lo di, por amor, a ciegas. / ahora Él me recompensa.

ME ALEGRO EN MI DIOS

Sin necesidad de nadie / ha transformado mi esterilidad en vida. / en sabiduría mi experiencia. / ha hecho en mí relucir su humanidad / que supera toda apariencia.

ME ALEGRO EN MI DIOS

Estaba sola en la soledad de mi pequeñez / cuando me abandoné en sus manos tiernas / y me sació de su presencia cierta. / me levantó por encima de los engreídos, / de los que piensan que son algo.

ME ALEGRO EN MI DIOS

En mí decidió auxiliar al desvalido. / en mí cumple sus promesas. / Libera con justicia al oprimido / y colma en comunión su libertad

ME ALEGRO EN MI DIOS

El regala todo a quien se deja regalar. / Sintiendo tanta predilección y ternura / que por mí ha tenido el Creador / he escuchado su susurro en la brisa

ME ALEGRO EN MI DIOS

Y poseída por su Espíritu / no me importa sufrir en el parto de su Reino de vida.

Las ilustraciones corresponden a

Inmaculada- Iglesia parroquial de Belén, en Barcelona. Autor:
Tomàs Bel Sabatés (Barcelona 1924-2014)

Virgen embarazada- Villarrica (Chile). Autora: Elena Pilar (Jerez-
España)

Icono de la Natividad (M^a Rosa Perjoan- (Arbeca-Jerusalén)

Icono de la Presentación del Niño Jesús en el Templo
(Monasterio del Sinaí- Egipto)

